

ALFAGUARA



Geling Yan

Las flores de la guerra

Traducción del chino por Nuria Pitarque Ledesma

1.

Meng Shujuan se levantó sobresaltada. No tardó en darse cuenta de que se encontraba de pie junto a la esterilla sobre la que dormía. Eran alrededor de las cinco de la madrugada, o quizás un poco más temprano, como mucho las cuatro y media. Se despertó en el mismo momento en que los estampidos de la artillería que habían sonado durante días enmudecieron. Aunque el silencio repentino de miles de cañones resultaba, de hecho, igual de aterrador que cuando tronaban todos a la vez, lo que en realidad interrumpió su sueño fue un fluido caliente que brotó de entre sus piernas. Sangre. Fue en ese instante cuando despertó del todo. Era su primera menstruación. Descalza sobre el pavimento, tuvo la sensación de que ese líquido que hacía un momento ardía se iba helando.

A su izquierda había una fila de siete camas improvisadas en el suelo y, separadas por un espacio de paso, se extendían otras ocho más. Por toda Nanjing había edificios en llamas. El resplandor del fuego penetraba por entre las cortinas negras que tapaban los ventanucos del desván, haciendo que las formas de la estancia se agitaran y ondularan sin descanso. Aprovechando esta claridad, Shujuan contempló a sus compañeras dormidas y escuchó su respiración larga y profunda. Soñaban como si siguieran viviendo en tiempos de paz.

Se echó una chaqueta sobre los hombros y se dirigió a tientas hacia la puerta del desván. No se tra-

taba de una entrada que se alzara perpendicular al suelo sino que, vista desde el piso de abajo, era una tapa cuadrada colocada en el techo. Normalmente el desván estaba deshabitado y únicamente subían de manera ocasional los hombres que venían a reparar la instalación eléctrica o las goteras del tejado. La trampilla y la escalera estaban unidas por un ingenioso mecanismo que hacía que, en el momento en que se empujaba la portezuela, se extendiera la escalera.

Cuando Shujuan y sus quince compañeras llegaron el día anterior a la parroquia, el padre Engelmann les había explicado que debían permanecer en el desván todo el tiempo posible. Para orinar podían utilizar un cubo metálico. Sin embargo, la sangre de su camisón era en ese momento una emergencia: Shujuan necesitaba bajar al cuarto de baño.

El padre Engelmann no había contado con tener que dar cobijo a las estudiantes de la Escuela de Santa María Magdalena. La tarde anterior, él y su ayudante, el diácono Fabio Adornato, acompañados de sus dos empleados, Ah Gu y George Chen, habían llevado a las niñas hasta el río para tomar el ferry a Pukou. Tuvieron que esperar hasta poco antes del anochecer a que el barco regresara precisamente de esa ciudad. Sin embargo, no consiguieron subir a bordo. De repente había aparecido un grupo de soldados escoltando a otros heridos de gravedad que las empujaron a un lado. Uno de ellos le explicó al padre Engelmann que habían caído, no bajo las balas de los japoneses, sino bajo las de su propio bando. Cumpliendo órdenes de retirada inmediata, habían retrocedido con la mala fortuna de toparse con otras tropas chinas que aún no habían recibido la orden y que los tomaron por desertores. Los soldados

en retirada habían obedecido también la orden de destruir su propia artillería pesada antes de abandonar las trincheras, por lo que, frente a las armas de las tropas defensivas, quedaron convertidos en dianas de carne y hueso. Se vieron así atacados por las ráfagas de sus metralletas, acribillados por sus pistolas y aplastados por sus tanques. Cuando por fin ambos bandos aclararon el malentendido, las bajas entre los soldados que habían retrocedido ascendían a varios centenares. Quizá movidas por un sentimiento de culpa, las tropas defensivas, como si hubieran enloquecido de repente, asaltaron el barco para entregárselo a los soldados que habían recibido sus disparos. Fue así como los clérigos y las estudiantes perdieron su oportunidad de marcharse en el ferry.

El padre Engelmann consideró que era demasiado peligroso quedarse por la noche a orillas del río. Llegaban ecos de disparos y cruce de bayonetas y podía resultar peor que encontrarse con los mismos japoneses. Se puso, por tanto, al frente del grupo junto con el diácono Adornato y, escoltados por Ah Gu y George Chen, llevaron de regreso a la iglesia a Shujuan y a sus compañeras atravesando las calles más oscuras y estrechas de Nanjing.

El padre Engelmann había prometido a las niñas que en cuanto amaneciera encontraría un barco y, si no lograba dar con uno, aún quedaría una salida: refugiarse en la Zona de Seguridad. Apenas un día antes, les había asegurado que la ciudad era inexpugnable. A juicio del sacerdote, las murallas en perfecto estado y la barrera natural que formaba el río Yangtsé impedirían a los japoneses tomar fácilmente Nanjing.

Shujuan descendió por los escalones de madera, que crujieron a cada paso a medida que bajaba del desván. Cuando sus pies se posaron sobre el suelo del taller de encuadernación sintió el frío pegajoso, húmedo y penetrante hasta los huesos del mes de diciembre. Aparte de unos disparos esporádicos en la lejanía, todo estaba en silencio a su alrededor; hasta sus propios pasos provocaban un roce contra la oscuridad apenas perceptible. En ese momento, ella aún desconocía la tragedia que envolvía a aquella calma, una calma producto del abandono de la lucha por la ciudad y de su progresiva resignación a ser ocupada. Atravesó la quietud fría y húmeda. Sus pies conocían muy bien el camino de un extremo del taller al otro. En total había veintidós pupitres donde las estudiantes solían encuadernar las biblias y las hojas de himnos que utilizaba la iglesia de Santa María Magdalena en sus servicios litúrgicos y otras actividades religiosas.

Casi todas las niñas que habían quedado en la parroquia eran huérfanas. Tan sólo Shujuan y Xiaoyu tenían padres, pero por una razón u otra se encontraban en el extranjero o fuera de la ciudad. A sus trece años, Shujuan se sentía traicionada. Estaba convencida de que sus padres permanecían lejos a propósito y de que no tenían intención de regresar a una capital que incluso el propio Gobierno y el ejército habían abandonado.

Desnuda de cintura para abajo, permaneció de pie frente al retrete, sintiendo con una mezcla de curiosidad y asco cómo los órganos misteriosos bajo su abdomen se reavivaban, se retorcían y se contraían y segregaban aquel líquido de color rojo oscuro. Comprendía vagamente cómo a partir de entonces su cuerpo desencadenaría todo tipo de desenfrenos y propor-

cionaría un suelo fértil a cualquier ser depravado que plantara una semilla, un campo de cultivo en el que echaría raíz, brotaría y daría fruto. Entre escalofríos, colocó una toalla dentro de su ropa interior y salió del edificio con un andar no demasiado elegante.

La torre del campanario de estilo gótico de la iglesia había sido alcanzada por un proyectil y se había derrumbado en parte arrastrando consigo la entrada principal que daba a la calle. Reducida la puerta a un montón de escombros, a partir de entonces tuvieron que entrar y salir por un pequeño acceso lateral. El edificio principal estaba separado del taller de encuadernación por un pequeño camino que daba en una dirección hacia la puerta lateral y en la otra, hacia la pequeña parcela cubierta de césped en la parte trasera del templo. El padre Engelmann amaba ese rincón y solía explicar orgulloso a sus feligreses que aquél era el último oasis que quedaba en Nanjing. En aquel lugar donde se habían celebrado durante décadas ferias benéficas, bodas y funerales se desplegaron ahora una enorme bandera de Estados Unidos y otra de la Cruz Roja. El césped continuaba hasta el patio trasero. Allí se encontraba la casa de ladrillo rojo del padre Engelmann, que en primavera y verano parecía flotar en medio del verde, creando una escena típica de cuento infantil.

Shujuan clavó la mirada en la torre. El resplandor de las llamas realzaba el contorno de la parte destruida, que ni convertida en ruinas había perdido su majestuosidad. Las nubes rojizas del amanecer comenzaron a asomar débilmente por el este, como la promesa de un día hermoso. No podía ni imaginar lo que estaba sucediendo más allá de los altos muros de la

parroquia de Santa María Magdalena, hasta qué punto parecía el amanecer violento y sombrío del día del Juicio Final. Un desfile interminable de tanques de bandera japonesa entraba en ese momento en Nanjing. Una vez abiertas las puertas de la muralla, los invasores estaban dispuestos a penetrar en todos los rincones de la ciudad. Uno tras otro los cadáveres eran aplastados bajo las ruedas de oruga y, en un abrir y cerrar de ojos, aquellos cuerpos quedaron impresos sobre las calles por las que habían pretendido huir, fijados como imágenes en un negativo de asfalto. No, no podía ni imaginar lo rápido que había caído en manos del enemigo la que era capital de China en invierno de 1937.

Shujuan caminó con torpeza de regreso al taller de encuadernación. Tras subir la escalera, se deslizó dentro de su cama y cayó profundamente dormida.

Cuando empezaba a clarear, todas las niñas se despertaron a la vez a causa de los gritos y lloros que llegaban desde abajo. El desván tenía tres ventanas alargadas selladas con tiras de papel en forma de cruz y de las que colgaban unas cortinas negras como protección en caso de ataque aéreo. Las estudiantes arrancaron las tiras de papel para poder mirar a través de los ventanucos. Con un poco de esfuerzo, alcanzaban a ver el patio delantero y parte de la puerta lateral.

Shujuan pegó la mejilla derecha al marco y vio cómo el padre Engelmann salía como una flecha del patio trasero hacia la puerta lateral. Su sotana de diario, ancha y larga, se alzaba al viento como una vela.

—¡No salten el muro! ¡Aquí no hay comida!
—gritaba mientras corría.

Una de las niñas se atrevió a abrir la ventana y las demás aprovecharon para asomarse por turnos. Dos mujeres jóvenes se habían encaramado en lo alto del muro, sobre la puerta lateral. Una vestía una túnica de color cereza y parecía una recién casada que hubiera venido directamente desde su lecho matrimonial. La otra llevaba una capa de piel de zorro sobre un *qipao** con todos los botones desabrochados bajo el que asomaban prendas de todas las estaciones del año.

Las niñas no se conformaron con ver el espectáculo desde arriba. Una a una bajaron la escalera y se apiñaron en la puerta del taller de encuadernación. Cuando Shujuan se unió al grupo, sentadas en el muro no había sólo dos mujeres, sino que ya eran cuatro. Pese a los esfuerzos del padre Engelmann por impedir que entraran, las dos primeras lograron saltar el muro y aterrizar finalmente en el terreno de la iglesia. Ni siquiera la rápida llegada de Ah Gu y George Chen como refuerzos consiguió detener a esta avanzadilla que suplicaba con lágrimas en los ojos.

El padre Engelmann descubrió entonces al grupo de estudiantes cuchicheando asomadas a la puerta del taller.

—¡Ah Gu, llévate a las niñas de aquí! ¡Que no vean a estas mujeres! —gritó enfurecido.

Parecía cansado. Su barba, que ya comenzaba a ser tupida y que no le había quedado más remedio que dejarse a causa del corte de suministro de agua, le hacía parecer un anciano.

Shujuan comprendió a grandes rasgos lo que estaba sucediendo: se trataba de un grupo de mujeres

* Vestido femenino con cuello cerrado y aberturas laterales. (*N. de la T.*)

que bajo ningún concepto debían entrar en su campo de visión.

—¡Vienen de los burdeles! —explicó a las otras una de las niñas con un poco más de mundo.

—¿Qué es un burdel?

—Las casas de citas a orillas del río Qinhuai.

El diácono Fabio Adornato salió corriendo del edificio principal.

—¡Fuera! ¡Aquí no acogemos refugiados!

Era al menos veinte años más joven que el padre Engelmann. Su cara reflejaba más años de los que tenía y su cabello, a su vez, había envejecido más que su rostro.

Al oír su acento genuino de Yangzhou, las mujeres detuvieron por un instante sus lloros y sus ruegos. Quisieron comprobar que no habían oído mal y que quien había gritado con idéntica entonación a la de los cocineros y barberos de Yangzhou era ciertamente un cura extranjero de ojos hundidos y nariz grande. El silencio no duró mucho.

—Venimos escapando desde el río —explicó una prostituta de unos veinticuatro o veinticinco años—. El coche ha volcado y los caballos han huido espantados. La ciudad está llena de japoneses por todas partes. No podemos llegar hasta la Zona de Seguridad.

—En la Zona de Seguridad no queda sitio para sentarse. Si te apretujas y consigues entrar, te tienes que quedar de pie plantada como un tallo —tomó el relevo otra de unos diecisiete o dieciocho.

—Conocía a alguien de la Embajada de Estados Unidos —añadió otra, llena de michelines—. Nos había prometido que podríamos escondernos allí, pero ayer por la noche se echó atrás y nos enteramos de que

no nos acogerían. Ya ves para qué sirvió el buen rato que le hicimos pasar.

—¡Vaya cabrón! Cuando venía buscando diversión, bien apetecibles que le resultábamos.

Shujuan estaba desconcertada por aquella manera de hablar tan diferente a la que estaba acostumbrada. Ah Gu trató de alejarla de allí pero ella se resistió a pesar de que el resto de sus compañeras ya había regresado al desván. George Chen, el cocinero, recibió la orden de impedir con un palo la invasión de las prostitutas. Golpeó al aire a izquierda y derecha al tiempo que les suplicaba:

—¡Chicas, os lo ruego! Si entráis aquí sólo será para morir de hambre o de sed. Las niñas apenas toman dos tazones de sopa aguada al día y el agua que beben es la de la pila bautismal. Sed buenas, marchaos...

Shujuan se dio cuenta de que los golpes caían sobre el pavimento y el muro de ladrillo, pero nunca sobre las mujeres. De hecho, a quien le estaban haciendo daño era a él, porque cada uno rebotaba contra su mano y su muñeca.

De repente, una de las mujeres se arrodilló frente al padre Engelmann e inclinó la cabeza hacia el suelo. Fue así como Shujuan vio por primera vez aquella espalda que no podría olvidar a lo largo de su vida, aquella espalda tan delicada y expresiva como si de un rostro se tratara. El padre Engelmann se esforzaba por hablar el mejor chino que podía tras treinta años de estudio para intentar convencerla con los mismos argumentos que había empleado George Chen: no tenían comida, no tenían agua, ni espacio. Esconder a más gente los pondría en peligro a todos. Cuando se dio cuenta de que no estaba consiguiendo hacerse

entender, le pidió a Fabio que lo tradujera al dialecto de Yangzhou.

El diácono Fabio Adornato era hijo de un matrimonio de misioneros estadounidenses descendientes de italianos. Había nacido y crecido en una aldea cerca de Yangzhou, y hablaba tan bien el dialecto propio de la zona que los feligreses le llamaban cariñosamente «Fabio el de Yangzhou».

Las rodillas de la mujer parecían haber echado raíces, sin embargo sus hombros y su cintura no dejaban de expresarse.

—Nuestra vida no vale nada —dijo—, no merece que nos salve. Sólo pedimos tener una buena muerte. Hasta la vida de un ser despreciable, como la de un cerdo, merece una muerte limpia, sin suplicio.

No se puede negar que aquella espalda mantenía su dignidad y su elegancia. Mientras hablaba, el pelo, que llevaba recogido en un moño a la altura de la nuca, se desprendió y se derramó sobre uno de sus hombros. Era un pelo muy bonito.

El padre Engelmann le explicó secamente que los padres de varias de las niñas que tenía a su cargo eran personas de muy buena posición que llevaban muchos años siendo miembros de su congregación y haciendo donaciones a la iglesia. Unos días antes, habían enviado telegramas pidiéndole que protegiera a sus hijas de cualquier tipo de peligro. En respuesta, él les había jurado a cada uno de ellos que las protegería con su propia vida.

Fabio perdió la paciencia. Dirigiéndose en inglés al padre Engelmann le dijo:

—Está perdiendo el tiempo tratando de razonar con ellas. Sólo entienden un idioma... George, ¿te he

pedido que interpretes el papel del Rey Mono*? ¡Dales de verdad con el palo!

Ah Gu ya había desistido de agarrar y llevarse de allí a Shujuan. En su lugar, se lanzó al ataque y atrapó el palo con el que George Chen llevaba a cabo su pantomima. De repente una de las mujeres se tiró con todo su peso desde lo alto sobre él y poco faltó para que el cuello del hombre quedara incrustado en su propio pecho. La mujer, viendo a Ah Gu caído en el suelo, tropezó sobre él dejando que su ajado abrigo de piel de marta se abriera y vislumbrara su cuerpo desnudo. El pobre de Ah Gu, que en toda su vida sólo había visto a una mujer desnuda —y no había sido otra que la suya—, dejó escapar un grito entre asustado y sorprendido pensando que tenía sobre él un hermoso cadáver. Aprovechando estos instantes de confusión, las mujeres encaramadas al muro fueron saltando al patio una a una como las ranas que anuncian la lluvia. Quedó una de piel oscura y complexión recia que ayudó a trepar a otras cuantas, todas jóvenes prostitutas con un aspecto diferente cada una pero con la misma expresión de ansia en sus rostros.

Fabio gritó desesperado.

—¡Lo que nos faltaba! —dijo—. ¡Todos los barcos de fulanas de orillas del río Qinhuai han atracado aquí! —fuera como fuese, no resultaba apropiado en un religioso actuar con violencia y sólo le quedaban las palabras para mostrar su grosería—: ¿Qué tenéis que temer mujeres como vosotras? ¡Lanzaos a la calle a darles la bienvenida a los soldados japoneses! —gritó al tiempo que señalaba a las mujeres.

* Personaje principal de la novela clásica china *Viaje al Oeste*. (N. de la T.)

Varias de ellas le respondieron a coro:

—¡Vaya manera de hablar para ser un monje extranjero! Si quieres insultarnos hazlo, pero no hace falta que seas tan ofensivo.

Mientras, Ah Gu trataba de librarse de los brazos de esa mujer que no sabía si estaba viva o muerta, pero ella lo tenía atrapado como si aquellas dos extremidades blancas fueran los tentáculos de un pulpo gigante: cuanto más luchaba por zafarse de ellos, con más fuerza se adherían.

Al ver que ya no podía hacer nada por detener aquella riada de llamativas mujeres, el padre Engelmann bajó los párpados y con voz afligida le ordenó a Ah Gu que abriera la puerta.

Shujuan vio cómo aquella bonita espalda se alzaba poco a poco. Instantes después, la superficie de piedra pulcramente barrida del patio se vio contaminada por un grupo de mujeres vestidas con ropas de vivos tonos. Tras ellas entraron sus maletas, sus fardos y sus colchas de seda de vistosos colores propios de las prostitutas. De las aberturas de su equipaje colgaban como entrañas cintas multicolor para el pelo, medias de seda y otras prendas íntimas. ¿Cómo podían permitir sus padres que tuviera que presenciar una escena tan repulsiva?

Shujuan desconocía en ese momento que lo que estaba viviendo era tan sólo un detalle de lo que más tarde los historiadores describirían como la masacre más repulsiva y cruel, la Masacre de Nanjing. Ampliando la escena a partir de ese detalle aparecían los cadáveres de los habitantes de Nanjing diseminados por todas partes. Por los canales de desagüe a ambos lados de las calles corría sangre en vez de agua. Tuvo que esperar muchos años para conocer la dimensión

del desastre y darse cuenta de lo afortunada que había sido por cómo los clérigos y los altos muros de la parroquia le habían ahorrado la visión de pechos abiertos convertidos en fuentes de sangre y el peculiar sonido de las cabezas cayendo al suelo.

De pie en la puerta del taller, un pensamiento cruzó de pronto su mente: si sus padres no fueran tan egoístas, ¿cómo la habrían dejado sola allí, permitiendo que la visión de aquellas sucias mujeres manchara sus ojos inocentes? Siempre había sospechado que querían más a su hermana pequeña, y ahora esa suposición se había vuelto certeza. Su hermana pequeña era la favorita. Cuando a su padre se le presentó la oportunidad de ir a Estados Unidos para seguir con su formación, se apresuró a anunciar que sólo llevaría a la pequeña porque aún no estaba en edad escolar y la travesía por el océano no retrasaría sus estudios. Su madre se posicionó del lado de su padre y añadió que podrían visitar médicos estadounidenses para tratar de curar el asma que padecía su hermana. La convencieron de que un año pasaría muy rápido y que en un abrir y cerrar de ojos volverían a estar los cuatro juntos. Se convencieron de que era por el bien de todos y fueron capaces de perdonarse a sí mismos en nombre de su injustamente tratada hija mayor.

Cuando Shujuan no se sentía feliz, siempre era capaz de encontrar a quién culpar por ello. Odiaba a sus padres, e incluso a su hermana Shuman, pero algo más apareció ante sus ojos: ¿qué hacía aquella mujer perversa muriendo en brazos de Ah Gu? El abrigo se le había abierto completamente y dejaba expuesto bajo la luz grisácea del amanecer un cuerpo pecaminoso que parecía un chorro de leche rancia derramada en

medio de la piel negra. Shujuan retrocedió a toda prisa hacia el interior del edificio, con la cara roja de vergüenza. Regresó al desván trepando las escaleras como si huyera de algo. Las otras niñas se apretujaban delante de cada uno de los tres ventanucos.

Habían arrancado todas las tiras de papel y habían recorrido de par en par las cortinas, convirtiendo las tres ventanas alargadas en palcos desde los que ver la función. La situación en el piso de abajo seguía siendo caótica: las mujeres iban de acá para allá en busca de algo para comer, algo para beber, el lugar donde estaba el retrete... Una de las prostitutas le pidió a otra que sostuviera en alto un valioso manto de terciopelo de color verde oscuro y pidió disculpas a los «monjes extranjeros»: llevaban toda la noche buscando refugio y no se habían atrevido a parar en ningún sitio donde aliviarse, así que no le quedaba más remedio que actuar con tan poca decencia allí mismo. Nada más decirlo, desapareció tras el manto como si se retirara del escenario después de haber recibido una ovación.

—¡Animales! ¡Animales! —gritó Fabio en inglés.

En sus casi sesenta años de vida, el padre Engelman había sido testigo, sólo en China, de dos grandes conflictos: la Expedición del Norte y las luchas de los Señores de la Guerra. Pero jamás había tenido que ver con sus propios ojos una escena tan intolerable ni soportar a gente tan vulgar y ordinaria como aquélla. Contaba sin embargo con un arma invencible para derrotar tanta vulgaridad: sus buenas maneras. Así, cuanto más groseras se mostraban sus adversarias, más educado se mostraba él, hasta el punto de exagerar tanto que su refinamiento resultaba del todo inadecuado.

Con esta actitud, dijo con voz calmada:

—Por favor, contrólate, Fabio.

A continuación, giró la cabeza y se dirigió a las prostitutas, incluida la que volvía a asomar tras el manto de terciopelo verde abrochándose el cinturón con cara de satisfacción.

—Ya que ustedes, señoritas, han decidido establecerse aquí —les dijo seleccionando meticulosamente sus palabras—, como párroco de esta iglesia les ruego que se atengan a nuestras normas.

—¡Padre! Es preferible que entren los japoneses a permitirles a ellas que se queden —gritó Fabio en un inglés teñido del acento de Yangzhou. Luego, volviéndose hacia los dos empleados chinos, ordenó—: ¡Echadlas a todas de aquí, a las vivas y las muertas! ¿No lo habéis visto? No hay una que no haya causado ya algún problema.

En ese instante, la prostituta rolliza soltó un grito:
—¡Socorro!

Los demás se acercaron a ver qué pasaba y por su sonrisa pícaro se dieron cuenta de que no había pedido auxilio en serio.

—Este perverso me ha metido mano —dijo señalando a Ah Gu, que trataba de quitársela de encima.

—¿Quién dices que te ha tocado? —gritó Ah Gu.

—¡Tú, tipejo, te has atrevido a ponerme *a mí* las manos encima! —dijo mientras sus senos temblaban a causa de las palmadas que se daba en el pecho.

—Bueno, ¿y qué? —se desdijo—. ¿Todos te tocan y yo no voy a poder?

A la vista de todos, la credibilidad de Ah Gu se fue al traste en ese mismo instante.

—Ya basta —dijo en inglés el padre Engelmann, aunque Ah Gu no había tenido suficiente y continuaba

discutiendo con la prostituta—. ¡Ya basta! —repitió, ahora en chino.

—Padre, escuche... —comenzó a decir Fabio.

—Por favor, escucha tú. Dejemos que se queden —le dijo el sacerdote—, al menos hoy. En cuanto los japoneses acaben de tomar la ciudad y asuman el control de la seguridad pública, les pediremos que se marchen. El japonés es un pueblo que destaca por saber mantener el orden y estoy convencido de que pronto sus soldados pondrán fin al caos de la guerra.

—No les bastará un día para acabar con tanta confusión —contestó Fabio.

—Bueno, pues dos días. Mientras tanto, pueden establecerse en el sótano.

Nada más decirlo, el padre Engelmann se dio la vuelta y se encaminó hacia su vivienda. Ya había anunciado su decisión y no había lugar a discusiones.

—¡Padre, no estoy de acuerdo! —le gritó Fabio a su espalda.

El padre Engelmann se detuvo y se giró. Llevando de nuevo su cortesía a la exageración, le contestó:

—Ya sé que no estás de acuerdo —le respondió con frialdad. Acto seguido, se dio otra vez la vuelta y se marchó.

Lo que no había dicho había sonado más claro que lo que había dicho: «¿Y qué si no lo estás?». Resultaba muy difícil seguir desafiándole ante tan educada demostración de superioridad y autoridad. En su trato con los chinos Fabio no era diferente de las familias adineradas o los miembros de las guardias privadas del pueblo en el que se había criado: todos los trataban como seres inferiores. Por su parte, el padre

Engelmann le consideraba a él inferior debido a los hábitos de aldeano con los que había crecido.

Una de las prostitutas más jóvenes se encaminó hacia el taller de encuadernación. Había visto las caras de las niñas asomadas en las ventanas del piso de arriba y pensó que allí no se debía de estar mal, al menos estarían más calentitas y cómodas que afuera. Fabio la agarró por atrás pero ella consiguió zafarse como si fuese una serpiente de agua. El diácono volvió a intentarlo y esta vez la sujetó por el fardo que llevaba al hombro. La tela del bulto era áspera, nada que ver con la suavidad de la seda con la que vestía. La mano de Fabio logró agarrarlo firmemente y la arrastró fuera del taller. Se oyó entonces el repiqueteo de las fichas del mahjong cayendo como granizo desde el fardo. Simplemente por el claro tintineo que produjeron al chocar contra el suelo se podía saber que eran fichas de buena calidad.

—¡Doukou, como pierdas una ficha, te despatarro! —le gritó la prostituta fortachona de piel oscura.

—Las cerdas negras sí que se despatarran bien. Partámosla en dos por su **** negro —replicó la joven prostituta.

Fabio ya había soltado a Doukou, pero al escucharla hablar de esa manera tan grosera y temiéndose que aquello iría a peor, volvió a agarrarla y la empujó hacia la salida.

—¡Fuera! ¡Salid de aquí inmediatamente! ¡Ah Gu, abre la puerta! —gritó. Su cara descolorida por el invierno brillaba como si fuese a romper a sudar en cualquier momento.

—¡Ay, padrecito! Somos paisanos —le dijo Doukou poniendo una vocecita y a punto de perder el equilibrio—. ¡Por favor! No lo volveré a hacer.

Su carita de niña contrastaba con su cuerpo bien desarrollado, que rebotaba hacia atrás después de cada empujón.

—Padrecito, enséñele a su paisana a comportarse y prometo que me portaré bien. Sólo tengo quince años... ¡Yumo, ayúdame a convencerlo!

La mujer de la espalda bonita estaba acabando de reunir su equipaje y sus objetos de valor. Se dirigió hacia Doukou y Fabio, que continuaban con su ríffirrafe, y habló mostrando una sonrisa:

—¿Cuántas veces te he dicho que tienes que limpiarte esa boca, Doukou? Lo que de verdad te hace falta no es que el padre te enseñe modales, sino comerte una bola de alcanfor.

Se metió en medio de los dos y consiguió separarlos. Tiró entonces de Doukou para llevarla de nuevo junto a sus compañeras.

Ah Gu había necesitado únicamente veinte minutos para pasar de ser un hombre decente a convertirse en un golfo. Aprovechó el momento para mostrarles entusiasmado a las prostitutas el camino hacia el almacén que había bajo la cocina para que se instalaran allí. Ellas lo siguieron con andares de modelos desfilando sobre una pasarela, mirando todo de arriba abajo y haciendo comentarios frívolos sobre el interior de la parroquia.

Shujuan, asomada al alféizar de la ventana, observó cómo las mujeres se alejaban, mientras se presionaba el vientre para mitigar el dolor.